

LOS JUICIOS A ALICE GOFFMAN

GIDEON LEWIS-KRAUS
STANFORD UNIVERSITY

THE TRIALS OF ALICE GOFFMAN

Publicado originalmente en: The New York Time, Jan. 12, 2016.
Traducción al español por Nahuel Roldán (CONICET/LESyC, UNQ—FCJyS, UNLP)

PALABRAS CLAVES: trabajo de campo | etnografía | metodología
KEYWORDS: fieldwork | ethnography | methodology

Antes de la mañana del pasado septiembre, cuando me reuní con ella en el aeropuerto de Newark, sólo había visto a Alice Goffman en dos ocasiones. Pero en los meses anteriores, en medio de una creciente controversia tanto dentro como fuera de la academia sobre su investigación, ella y yo habíamos desarrollado una correspondencia regular por correo electrónico, y me saludó en la puerta como si fuera un viejo amigo. A sus 34 años, Goffman, profesora titular de sociología en la Universidad de Wisconsin, Madison, acababa de empezar un año de permiso en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, que esperaba poder aprovechar para escapar de sus críticas y volver a trabajar. Ahora, sin embargo, volvía a Madison para una visita de cuatro días, para dar una conferencia y ponerse al día con sus estudiantes de posgrado.

El objeto de la disputa era el primer libro de Goffman, "On the Run", que narra el mundo social de un grupo de jóvenes negros en un barrio de ingresos mixtos del oeste de Filadelfia, algunos de ellos traficantes de drogas de bajo nivel que viven bajo la amenaza constante de ser arrestados y entran y salen de la cárcel. Comenzó el proyecto siendo una estudiante de 20 años en la Universidad de Pensilvania; con el tiempo se mudó para estar más cerca del barrio, que en el libro llama "Sixth Street", e incluso acogió a dos de sus sujetos como compañeros de piso. Mientras que la mayoría de los proyectos etnográficos se completan a lo largo de un año y medio, Goffman pasó más de seis años trabajando en el barrio, que pasó de ser un sitio de campo a lo que ella sigue considerando básicamente su hogar. Sus notas de campo, que mantenía con una fidelidad obsesiva—a menudo transcribiendo conversaciones de horas de duración mientras se

producían en tiempo real—llegaban a tener miles de páginas. Tuvo que pasar más de un año desmenuzando y organizando estas notas por temas para su libro: los rituales de las citas judiciales y las audiencias de fianza; las relaciones con las mujeres y los niños; las experiencias de traición y abandono. Todos esos registros habían sido quemados: incluso antes de que comenzara la controversia, Goffman sintió que su incineración ritual era la única forma de proteger a sus amigos-informantes del escrutinio policial tras la publicación de su libro.

En la puerta de embarque de Newark, Goffman se desprende de una voluminosa bolsa de mano con cremallera. “Estoy tan contenta”, dijo con un alivio visible y algo exagerado, “que no te he dado esto para que lo pases tú mismo por seguridad”. A lo largo de nuestra correspondencia, le había preguntado de vez en cuando si tenía algún documento relacionado con el libro que hubiera escapado a la destrucción. En esta bolsa había material que había olvidado: facturas impagadas, recibos de fianzas, cartas de la cárcel y algunos fragmentos de notas de campo garabateadas apresuradamente in situ. Pero no fue hasta la cola de seguridad cuando recordó lo que probablemente contenía el bolso, recuerdos de su época en la Calle Sexta: balas, casquillos gastados, recipientes para drogas. Pasó sin problemas por el escáner en un estado de agitación, no por el riesgo que corría, sino por lo alegremente que la trataban los agentes de la T.S.A.

“¿Y a quién detuvieron?”, dijo. “No yo y mi bolsa de cosas de contrabando, sino un joven de piel morena. Intenté intercambiar una mirada de solidaridad con él, pero no me miró. Compáralo con las interacciones que he tenido en este aeropuerto: gente que me sonrío, que me sostiene la puerta. No piensas, como persona blanca, en que todo el tiempo es impulsado por la gente que afirma tu dignidad

durante todo el día. Esto no es una novedad. Pero son cosas que, para mí, al principio (...)”, no terminó la frase.

Cuando la editorial de la Universidad de Chicago publicó “On the Run” en 2014, se encontró con un nivel de atención de la mainstream—perfiles, reseñas, entrevistas—que muchos sociólogos me dijeron que nunca habían presenciado para un primer libro en su campo. Malcolm Gladwell calificó la obra de “extraordinaria”, y en *The New York Review of Books*, Christopher Jencks la aclamó como un “clásico etnográfico”. A pesar de los muchos años que tardó Goffman en terminar el libro, su momento resultó ser propicio: el trabajo de académicos como Michelle Alexander había convertido las asombrosas tasas de encarcelamiento de Estados Unidos, especialmente de los hombres negros, en uno de los pocos territorios de preocupación bipartidista compartida. En el año siguiente a la publicación, Goffman hizo 32 apariciones en público, incluida una charla TED. Pero para cuando esa charla TED recibió su millón de visitas, ya había comenzado una rencorosa reacción contra el libro.

Dentro de su disciplina, las actitudes hacia el trabajo de Goffman fueron conflictivas desde el principio. La Asociación Americana de Sociología concedió a “On the Run” su Premio a la Disertación, y muchos de los compañeros de Goffman llegaron a sentir que había sido especialmente ungida por la élite del poder de la disciplina, que se le había permitido, como futura cara pública de la sociología, actuar según sus propias reglas. Como investigadora cualitativa, Goffman prestó relativamente poca atención al modo dominante de su campo de datos, optando en cambio por trabajar de forma híbrida, como algo entre un periodista y un académico. También se ha negado a participar en el tipo de juegos políticos que pueden constituir una parte importante de la

vida académica, evitando la jerga disciplinaria y citando el trabajo de otros académicos sólo cuando tenía ganas de hacerlo.

Peor aún, tal vez, fue la afición de Goffman en sus escritos por lo que podría parecer un detalle escabroso. Algunas de las florituras de "On the Run" eran inofensivas o incluso afortunadas—la "rutina matutina de planchado de ropa, cuidado del cabello, loción corporal y pulido de zapatillas" de un personaje—pero otras parecían exagerar su propio peligro o complacer las expectativas del público. En una escena, dos oficiales blancos con equipo SWAT derriban la puerta de una casa, "con armas atadas a los lados de sus piernas". Continúa diciendo: "El primer agente que entró me apuntó con un arma y preguntó quién estaba en la casa; siguió apuntándome con el arma mientras subía las escaleras". En otro, Goffman escribe que la casa de una familia "olía a orines y vómitos y a cigarrillos rancios, y las cucarachas se paseaban libremente por las mesadas y los muebles sucios del salón".

Por encima de todo, lo que frustró a sus críticos fue el hecho de que era una mujer blanca acomodada y con una costosa educación que escribía sobre la vida de los hombres negros pobres sin dedicar mucho tiempo o energía a lo que en este campo se denomina "posicionalidad", en este caso, a dar cuenta de su propio privilegio. Goffman se identifica fuerte y explícitamente con los científicos sociales seguros de sí mismos de generaciones anteriores, y si ninguna de esas figuras sintió que tenía que disculparse por hacer un trabajo directo y legible sobre poblaciones marginadas o desacreditadas, ella no veía por qué tendría que hacerlo. Como me dijo otro joven profesor, con el aire de exasperación reverente que la gente utiliza para hablar de ella, "Alice utilizaba un estilo de escritura que hoy en día no se puede utilizar en las ciencias sociales". Suspiró y empezó a perder el hilo. "En el pasado", dijo con cierto asombro, "realmente escribían así". El libro olía, según algunos

sociólogos, a una especie de aventurerismo fanfarrón que la disciplina había superado hace tiempo. Goffman se convirtió en una apoderada de viejos e inamovibles argumentos sobre la etnografía que se extendían mucho más allá de su caso particular. ¿Cuál es el papel que sigue teniendo lo cualitativo en una era dedicada a los datos? Cuando la política de representación se ha vuelto tan tensa, ¿quién puede escribir sobre quién?

Estas críticas, aunque acaloradas, se han llevado a cabo de la manera pública, respetable y autocorrectiva de cualquier debate científico-social. Sin embargo, la primavera pasada la discusión perdió su gentileza académica. En mayo, un documento sin firmar, de 60 páginas y a un solo espacio, fue enviado por correo electrónico desde una dirección desechable a cientos de sociólogos, detallando una serie de afirmaciones que ponían en duda la veracidad de los hechos tal y como los describió Goffman. El libro, según la acusación anónima, la hace asistir a un proceso penal de menores que debía estar cerrado a los extraños; tergiversa la cantidad de tiempo que pasó viviendo en el barrio; describe escenas con personajes que, según la propia Goffman, ya estaban muertos. En un lugar, señala el documento, Goffman dice que fue a nueve funerales, mientras que en otro lugar dice 19. Afirma que su amigo íntimo "Chuck"—utiliza seudónimos para todos sus sujetos—recibió un disparo en la cabeza, pero también lo describe en su cama de hospital cubierto de yesos. Las acusaciones, algunas de ellas triviales de forma aislada, parecían en su profusión difíciles de descartar.

Por recomendación de su editor comercial, Goffman preparó, pero no distribuyó, una respuesta casi igualmente extensa punto por punto a las acusaciones, y su departamento investigó las acusaciones y las declaró sin fundamento. Pero los periodistas y los juristas han aprovechado la crítica anónima y, a lo largo de la primavera y el verano

pasados, aparecieron artículos críticos en *The Chronicle of Higher Education* y *The New Republic*. Sus críticos la comparan con fabricantes como Stephen Glass y Jonah Lehrer, que inventan citas o personajes de la nada. Algunos llegaron a acusarla de un delito, basándose en un breve pero vívido relato en el apéndice del libro. Chuck, su amigo y a veces compañero de piso, ha sido asesinado por rivales del vecindario, y Goffman describe haber conducido a su otro compañero de piso, Mike, en su búsqueda del asesino—una confesión de facto y procesable, según sus críticos, de conspiración para cometer un homicidio. En general, Goffman se negó a responder a las acusaciones contra ella, pero sí salió a la palestra para recalificar este episodio, a pesar de la descarnada sed de sangre que describió originalmente, como algo parecido a un mero ritual de duelo. Esto dio lugar a una versión considerablemente atenuada de la historia, y sus críticos respondieron que, por tanto, era una delincuente o una mentirosa.

Me puse en contacto con Goffman el verano pasado, en plena polémica sobre su trabajo. Creo que me respondió en parte porque, a pesar del insomnio, la depresión y la ansiedad que le provocó el escándalo, no pudo acallar su curiosidad por las normas y la estructura social de una disciplina—el periodismo—tan parecida y a la vez tan diferente de lo que ella misma hace. Entablamos una correspondencia basada en la comparación, sobre cómo cada uno equilibra lo que debe a sus comunidades profesionales y lo que debe a sus sujetos, y sobre cómo seducir a los sujetos para que cooperen en primer lugar. Consideraba que la situación ética de su tribu era posiblemente peor que la mía. “La gente no te deja entrar porque quiere ser vista”, escribió, “porque eres un académico y nadie va a leer lo que escribes. Te dejan entrar porque ya son amigos, y se olvidan de que estás escribiendo un libro, aunque sigas sacando el tema. Así que se trata más bien de la

traición de contar secretos sobre los propios miembros de la familia, de vender a las personas que más te importan”.

La disciplina en su conjunto no parece saber muy bien cómo reaccionar ante el caso de Goffman. Los sociólogos se enorgullecen de que el trabajo que sale de sus departamentos sea tan heterodoxo y amplio—y, especialmente cuando se trata de cuestiones como el encarcelamiento masivo, tan influyente en los debates políticos—pero es un campo fracturado, y a muchos sociólogos les preocupa que en las últimas décadas hayan cedido su gran prestigio y poder explicativo de mediados de siglo a los economistas, por un lado, y a los psicólogos sociales, por otro. Ha habido muchos rumores sobre Goffman, e incluso sus simpatizantes se negaron en su mayoría a hablar conmigo por temor a la contaminación. “Hace meses que no hago más que hablar con mis colegas de Alice”, me dijo un sociólogo, en el contexto de lo mucho que la admira a ella y a su trabajo. “Pero estamos en aguas inexploradas. Se ha debatido durante cien años sobre la fiabilidad de la etnografía, pero es la primera vez que el debate se lleva a cabo en la era de Twitter”.

No ayuda el hecho de que Goffman, cuando se le cuestiona sobre su libro—o sobre el privilegio, el desafío y la dejadez a los que los críticos atribuyen sus debilidades—tiende a responder con una ingenuidad voluntaria o con una autosuficiencia casi grandiosa. Una vez, cuando le pregunté qué opinaba de una serie sostenida de ataques de un crítico, un respetado sociólogo cuantitativo, dijo que era difícil prestarle la debida atención cuando otras personas la estaban acusando de delitos. Además, dijo, en un mundo en el que la mayoría de los hombres negros sin estudios secundarios han estado en la cárcel, tenía poca paciencia para las peleas internas. “Ni siquiera puedo reunir tanto interés”, escribió a modo de conclusión. “Porque hay un mundo grande

y misterioso ahí fuera, y quiero entender un poco más de él antes de morir. Eso y derribar las cárceles”.

Una especie de autodescuido benigno, junto con un despiste integral, se extiende a todo lo que hay en la vida de Goffman que no sea el trabajo de campo o sus estudiantes. La gente que pasa mucho tiempo con ella suele organizarse para cuidarla, no sea que se pierda. La conocí sólo dos días antes de encontrarme comprobando, por ejemplo, que su teléfono estaba encendido. En los cuatro días que estuvimos en Madison, no recordaba que su habitación estaba a la derecha del ascensor. Goffman es de baja estatura, con grandes y redondos ojos castaños, pelo rubio sucio con el que rara vez sabe qué hacer, un ligero temblor en su voz y un comportamiento performativamente infantil que suaviza una inteligencia implacablemente inquisitiva y analítica. Si alguna vez dejara de hacer preguntas, sólo la verías como la hermana pequeña de alguien.

Esta actitud le ayuda a reclutar a todos los que conoce como informantes. En Madison, nos recogió entre citas un conductor de Uber con bata azul; nos dijo que estaba estudiando radiología en un colegio comunitario local pero que se había tomado el año libre para ganar dinero como coordinador de transporte en un hospital. Era de Jackson, Mississippi, y había llegado a Madison vía Milwaukee.

Goffman se dirigió al conductor, que era negro, para preguntarle—de la forma desprejuiciada en que se podría preguntar a un conductor de Uber sobre sus experiencias con la empresa—“¿Cómo han sido sus experiencias locales con el racismo?”. Se quedó pensando un momento. “Es como... la gente me sonrío, me sonrío, me sonrío, y entonces ¡BAM!”, hizo una pausa.

“Pasa algo y te sientes puesto en tu lugar (...)”, dijo Goffman.

El conductor asintió con énfasis y le preguntó a Goffman a qué se dedicaba. Cuando ella le contestó, le dijo que veía las fuerzas sociales que organizaban el comportamiento humano como si fueran un banco de peces que guiaba a cada miembro.

“Continúa”, dijo ella, tomando notas en su teléfono. “No se puede ir de la A a la Z”, continuó. “Vas de A a B y luego quizá a C, pero luego vuelves a B, luego a C y de nuevo a B, y nunca sabes por qué”.

“Eso es muy bueno”, dijo Goffman. Le dio su dirección de correo electrónico y le preguntó si podía convencerle de que se pasara a la sociología, y él se rió. Cuando salimos del automóvil, parecía un poco aturdido, sin saber cómo llegó a hablar de estas cosas en el transcurso de un viaje de cinco minutos.

Goffman fue educada para ser socióloga, aunque tiende a preferir la designación más casera de “trabajadora de campo”. Su padre, Erving, que murió a los 60 años de un cáncer de estómago cuando ella era una niña, fue tal vez el sociólogo más importante de los últimos 50 años, y fácilmente el sociólogo más consecuente en el discurso público. Aunque el trabajo de Erving fue variado y deliberadamente asistemático, es más conocido por su elaboración del *self* como una serie de performances. Su hija ha asumido su idea de que el carácter estático es menos interesante o relevante que la dinámica del intercambio. “No creo”, me dijo una vez—después de llamarse a sí misma “camaleónica”—“que tenga preferencias reales, sólo deseos que surgen en las interacciones sociales”.

Su madre, Gillian Sankoff, y su padre adoptivo, William Labov, son eminentes sociolingüistas, y cuando Goffman era una niña, la enviaron a tiempo completo a recoger malentendidos lingüísticos notables para la colección de sus padres. Goffman se crió en parte con una familia italiana del sur de Filadelfia a la que su madre encontró a través de un

anuncio de búsqueda de guardería; eran tan diferentes de sus “padres profesores” que adquirió la costumbre de tomar notas de campo de las conversaciones familiares. Goffman pasó un año sabático entre el instituto y la universidad como voluntaria para la U.S.A.I.D. en Filipinas, y sus padres recuerdan que enviaba a casa páginas y páginas de cartas que decían poco sobre su propia vida y bastante sobre, por ejemplo, las variedades locales de formación de filas.

En su primer semestre como licenciada en la Universidad de Pensilvania, tomó una clase de posgrado sobre sociología urbana, y en pocas semanas su profesor, David Grazian, tuvo claro que era la persona con más talento y compromiso de la clase. “La envié a hacer un trabajo de campo para que se sentara en una cafetería y grabara lo que veía, y volvió al cabo de una hora con 14 páginas a un solo espacio”. A través de un proyecto para esa clase, sobre la vida de los empleados de la cafetería de Penn, en su mayoría negros, llegó a ser tutora de una adolescente llamada Aïsha, nieta de una supervisora de la cafetería. Goffman se acercó a Aïsha y a su familia, y fue a través de ellos que conoció a los hombres cuyas vidas describe en “On the Run”: un traficante de drogas intermitente al que llama Mike, así como una familia: tres hermanos, Chuck, Reggie y Tim, y su madre, la señorita Linda.

Incluso cuando Goffman era todavía una estudiante, la noticia de su intenso trabajo de campo circuló entre etnógrafos de alto nivel, y uno de ellos la reclutó para estudiar con él en un programa de doctorado en Princeton; ella viajó a Nueva Jersey desde Filadelfia, y el proyecto que comenzó a los 20 años se convirtió finalmente en su disertación. La impresión general fue que, como me dijo un miembro del departamento de Princeton, su trabajo era brillante, pero no tan diferente de otras obras contemporáneas de etnografía, excepto en la

profundidad de su trabajo de campo. En los últimos años se han llevado a cabo proyectos similares sobre traficantes de drogas en una ciudad no identificada, por Waverly Duck, de la Universidad de Pittsburgh; sobre ladrones de drogas en el sur del Bronx, por Randol Contreras, de la Universidad de Toronto; sobre estudiantes de reformatorios en Pensilvania, por Jamie Fader, de la Universidad de Temple; y otros. Un miembro de esa cohorte me describió a Goffman como “muy humilde, con los pies en la tierra”, y la propia Goffman siempre ha calificado lo que hizo como una contribución apenas adicional al trabajo acumulado en el campo.

Pero desde el principio, a los críticos les preocupó que su libro, que se negaba a contextualizarse con humildad “posicional” o con alguna teoría poderosa, sólo sirviera para reforzar los estereotipos populares. El estereotipo más flagrante es el de que los jóvenes negros están invariablemente implicados en el delito, y los críticos consideran que exagera drásticamente el grado en que sus personajes son representativos, más que anómalos, en su actividad delictiva.

Los sociólogos que desconfían de su corriente de etnografía ricamente descriptiva vieron esto como una desafortunada consecuencia de la tendencia del etnógrafo a volverse “demasiado cercano” a sus sujetos, a renunciar al rigor y al escepticismo en favor de tomar al pie de la letra los relatos que los sujetos dan de sí mismos. En el caso de Goffman, esto se extendió tanto a las discusiones sobre la criminalidad (algunos críticos sugirieron que sus sujetos exageraron sus hazañas para impresionarla) como a las diversas exigencias que dieron forma a sus vidas. Cuando sus sujetos le dijeron que tenían miedo de ir al hospital a presenciar el nacimiento de sus hijos porque era una práctica habitual entre los agentes de policía comprobar si los visitantes tenían órdenes de detención, se consideró que aceptaba demasiado

rápido sus creencias y supersticiones como representaciones exactas de la práctica policial. Demasiado a menudo presentaba acontecimientos o descripciones sin calificarlos, un enfoque perfectamente válido para un periodista, que a menudo cuenta una historia concreta y deja que el lector haga la generalización, pero más problemático para un sociólogo, del que se espera que haga la generalización el mismo.

Fue la celebración por parte de los medios de comunicación de "On the Run"—y en particular de sus elementos más sensacionalistas—lo que hizo que la respuesta dentro de la disciplina pasara de ser polémica a ser personal. Esta mala voluntad se hizo explícita en la reunión anual de 2014 de la Asociación Americana de Sociología en San Francisco, donde parecía que Goffman se había convertido en una celebridad: algunos asistentes recuerdan haber visto una foto suya en tamaño póster, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, a la salida de una cárcel. Goffman había sido elegida para participar en un panel de "El autor se encuentra con la crítica", un honor que rara vez se concede a un libro tan pronto después de su publicación. El evento fue, extraordinariamente, de pie; las personas en los paneles vecinos informaron que apenas podían prestar atención a lo que sucedía frente a ellos debido a la fanfarria en el pasillo. Dos personas me contaron que intentaron entrar, fueron rechazadas y se fueron a sus habitaciones de hotel para ver cómo se desarrollaba el drama en Twitter.

Según todos los indicios, la sesión resultó inusualmente hostil. Según Víctor Ríos, uno de los panelistas y sociólogo de la Universidad de California, Santa Bárbara, que estudia comunidades similares, ella había participado en el "tropo del Libro de la Selva": visita la selva, ve a los animales salvajes en su hábitat natural, se pierde y, gracias a la bondad de las bestias, vive para contarlo. Ríos, antiguo miembro de una pandilla, me dijo más tarde que comprendía las presiones a las que

estaba sometido Goffman y que le instaron a escribir su historia de forma que llamara la atención—“Mi mejor amigo fue asesinado delante de mí; yo acabé en el reformatorio”. Pero él se resistió, por la preocupación de sus perspectivas de permanencia y también por principios. “¿Cuánto nos sacrificamos para convertirnos en intelectuales públicos?”, dijo. “A fin de cuentas, tenemos que tener cuidado con el grado de complicidad con las masas”.

La sociología como disciplina surgió, a finales del siglo XIX, de la idea de que las cosas llamadas “hechos sociales” podrían estudiarse del mismo modo que un químico estudia los compuestos o un biólogo los organismos. Mientras que los economistas políticos y los psicólogos estudiaban al actor individual, con sus preferencias particulares y su comportamiento de maximización de la utilidad, los sociólogos creían que el grupo era primordial para sus miembros, que somos productos evolutivos de normas sociales contingentes. Lo que esta visión ha producido posteriormente en la práctica es una disciplina que ahora abarca desde análisis estadísticos de datos censales hasta estudios accesibles sobre por qué la gente roba en las tiendas o los procesos sociales del divorcio. En las últimas décadas, el campo ha pasado por ciclos de tribalismo, en los que se han enfrentado los analistas cuantitativos, los estudiosos de la teoría que trabajan en la tradición del sociólogo francés Pierre Bourdieu, los estudiosos críticos de la raza, que han planteado cuestiones importantes pero delicadas sobre quién puede estudiar a quién, y los “interaccionistas simbólicos” urbanos con los que se identifica Goffman.

La gente del campo de Goffman se remonta a Robert E. Park y a la llamada Primera Escuela de Chicago, que se propuso el proyecto de comprender el nuevo vigor y el choque de la ciudad estadounidense, impulsada entonces por el dinamismo de la industrialización y la

inmigración. Park había pasado 10 años como periodista y trabajaba para Booker T. Washington en el Instituto Tuskegee cuando se le pidió, en 1914, que se uniera al joven departamento de sociología de la Universidad de Chicago. Este era un Chicago que produciría nuevos tipos de estadounidenses, personajes como el Augie March de Saul Bellow, y el equipo de Park siguió elaborando estudios canónicos y comprensivos de los barrios negros, judíos, chinos y polacos de la ciudad. Clair Drake y Horace Cayton sobre la "Black Metropolis" de Chicago, los etnógrafos de la Primera Escuela de Chicago "no temían instar a sus alumnos a confiar en sus sentimientos ante una situación o un acontecimiento, no temían subrayar el papel de la perspicacia y advertir contra una devoción servil a las cifras, los cuadros, los gráficos y las técnicas científicas estériles".

Sus minuciosos esfuerzos empíricos, basados en la antropología de Franz Boas, se llevaron a cabo con la esperanza de poder refutar el paradigma teórico imperante en la época, que recurría a la eugenesia y al darwinismo social para explicar la inferioridad racial y los "problemas sociales" introducidos por la inmigración. El proyecto era explícitamente liberal y meliorativo, en consonancia con el trabajo de periodistas como Jacob Riis y los primeros trabajadores sociales como Jane Addams. La Primera Escuela de Chicago creía que el primer paso hacia soluciones políticas sensatas era un trabajo que convenciera al público en general de que esos enclaves de inmigrantes, que parecían tan extraños e inescrutables, representaban en realidad mundos sociales ordenados y estructurados por normas familiares.

Este tipo de detalles requiere una atención profunda, sostenida y participativa. Algunas monografías producidas por el equipo de Park fueron escritas por "informantes nativos"—Louis Wirth sobre el gueto judío, Paul Siu sobre el lavadero chino, Drake y Cayton sobre el

cinturón negro—y otras por outsiders. Estos profesionales, especialmente cuando trataban de examinar y explicar el comportamiento delictivo, se enfrentaban a muchos de los mismos problemas que Goffman como observadora participante: William Foote Whyte, en su estudio de 1943 sobre el North End de Boston, admitió en su apéndice metodológico que había sido cómplice del fraude electoral. Pero se entendía que parte del proyecto del etnógrafo consistía en suspender la creencia en los supuestos convencionales sobre el comportamiento desviado, y que si se quería comprender mejor cómo y por qué la gente infringía la ley, había que ver su mundo desde dentro.

Parte del problema, tanto para los informantes nativos como para los observadores externos, según vio Wright en su momento, era que este tipo de intensidad participativa y llena de detalles siempre corría el peligro de ser malinterpretada. Como dice Wright en su introducción a "Black Metropolis": "Este no es un libro fácil (...) En *Black Metropolis* no hay ningún intento de subestimar, maquillar o hacer que los hechos duros sean agradables para los más sensibles". La obra representó un importante progreso racial en la medida en que trató las vidas de los negros como dignas de una descripción completa, abundante y sin tapujos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la inmigración se ralentizó y la universidad se expandió, y lo que se conoció, bajo el liderazgo de Everett Hughes, como la Segunda Escuela de Chicago estaba menos interesada en las minorías étnicas que en los procesos de profesionalización—cómo algunas personas llegan a autoidentificarse como "médicos" o "abogados"—así como en los mecanismos por los que algunas subculturas fueron etiquetadas como "desviadas". Aunque Erving Goffman sólo realizó dos periodos de trabajo de campo—una vez en las Islas Shetland, el trabajo que acabó convirtiéndose en su

clásico "The Presentation of Self in Everyday Life" de 1959, y otra vez durante un año en una institución mental, la experiencia que fue la base de su libro "Asylums" de 1961—tenía una gran afinidad con esta escuela, especialmente con el trabajo de Howard S. Becker, que escribió ensayos muy leídos sobre la socialización de los consumidores de marihuana. Estos libros, lúcidos y elegantes en su estilo y argumentación, fueron aclamados mucho más allá de los departamentos de sociología y a menudo llevaron a sus escritores a posiciones de influencia en la política (Goffman acabó formando parte de un importante comité para revisar el sistema de salud mental).

Pero en los años 70, este estilo de trabajo cualitativo se vio amenazado por todos lados. En el contexto de la expansión de la universidad estadounidense durante la Guerra Fría, resultaba más fácil conseguir financiación si se podían señalar exactamente las cifras, cuadros y gráficos que Wright consideraba estériles. Las universidades estaban produciendo una nueva variedad de graduados, y el movimiento de estudios raciales críticos surgió para cuestionar los métodos y prejuicios de los "intrépidos" académicos blancos con cascos. Como señalaron estos jóvenes académicos, especialmente en la histórica antología de Joyce Ladner de 1973, "The Death of White Sociology", varios de los libros producidos por la Primera Escuela de Chicago, a pesar de sus mejores intenciones, traficaban con el sensacionalismo y los estereotipos. Al mismo tiempo, los sociólogos—deseosos de seguir el ritmo de sus colegas de los departamentos de economía—se esforzaron por situarse en el camino seguro de una ciencia. La opinión era que las estadísticas eran hechos y todo lo demás mero impresionismo.

Y, peor que impresionista, la etnografía también había llegado a parecer explotadora. El caso más flagrante fue el del académico de la

Universidad de Washington, Laud Humphreys, que escribió en 1970 sobre el sexo anónimo entre hombres en los baños públicos. Como parte de su investigación, anotó las matrículas de los visitantes de la "sala de té", y muchos meses después fue a entrevistarlos, bajo falsos pretextos, en su casa y a menudo delante de sus familias. La prensa atacó el trabajo como poco ético, a menudo en el mismo lenguaje con el que se criticó a Goffman. El escándalo destruyó todo el departamento de Humphreys, y la moraleja fue clara: la etnografía era un trabajo turbio.

En nuestro vuelo de regreso de Madison, Goffman vino a buscarme a la parte trasera del avión y me entregó silenciosamente dos cuadernos negros, ambos marcados con 2003. Los utilizó durante sus años de segundo y tercer año de universidad, cuando ella y Mike y Chuck empezaron a acercarse. Había dudado en enseñármelas porque eran una de las pocas cosas sentimentales que le quedaban de aquella época, y ahora, pensó, tendría que destruirlas igual que había destruido sus notas de campo.

Los cuadernos son registros extraordinarios del desarrollo intelectual y personal de una joven erudita. Presentan dos procesos paralelos de socialización. En otoño de 2003, está a punto de cumplir 22 años; está en su primer año en Penn, pero ya está solicitando el ingreso en una escuela de posgrado. Su vida en la Calle Sexta se ha vuelto mucho más real para ella que su vida en el campus, pero aun así siguió comprometida con la sociología. Los cuadernos muestran sus intentos improvisados de conciliar lo que aprende en clase con lo que ve en la calle. Está tomando un curso, con el eminente sociólogo Randall Collins, sobre la historia de la teoría sociológica; otra clase sobre la historia del Sur; una tercera sobre literatura afroamericana; y una cuarta, que abandonará, sobre estadística. La única vez que cualquiera de los

dos cuadernos menciona a Erving Goffman es en la primera página, donde anota lo que parece ser una cita de una charla publicada póstumamente sobre el trabajo de campo: "Lo más difícil de hacer un trabajo de campo es recordar quién eres".

En clase, Goffman está aprendiendo sobre la historia de la discriminación racial, y en la Calle Sexta, es testigo de la incapacidad de Mike para conseguir un trabajo. "Tras meses de participación limitada en el tráfico de drogas", escribe, "su compañero [Chuck] está en casa y está dispuesto a dejar de estar arruinado y volver a meterse más en serio". Entra y sale con facilidad de un registro académico, escribiendo en una frase sobre sus intentos de "trazar la onda socioeconómica de Mike" y en otra parte de la misma página sobre las pequeñas transacciones de su creciente amistad: "Le digo que llame a PO [oficial de libertad condicional]—es el día 15—y le pregunte si me ayuda a mover mi sofá mañana y me dice que lo atrapé".

Mike y Chuck van a su casa—todavía no viven con ella—para hacer la limpieza. Se burlan de ella, a menudo por lo que lleva puesto, y ella les devuelve las burlas. Queda claro en su juego travieso, su capacidad para generar afecto urgente y su rapidez para captarlo que ésta es la misma Goffman que he llegado a conocer. En un momento dado, el grupo regresa a un Lincoln Navigator negro que la espera, y su amigo Steve ha ocupado su asiento: "Digo ¡Saca el [improperio] de mi asiento [Steve]! Y él y [Mike] piensan que es lo más gracioso que han escuchado y [Mike] dice orgulloso: Ella es un gángster a veces". Hay momentos en los que se detiene a reflexionar sobre los cambios que ha sufrido desde que comenzó su trabajo de campo—"Soy vegetariana y antes era gimnasta"—pero en su mayor parte no hace nada que indique que se siente transformada o rehecha por la experiencia.

A través de sus descripciones de estos encuentros con jóvenes adultos—entre sus apuntes del curso sobre Richard Wright, W.E.B. Du Bois, Ned Polsky y Emile Durkheim—se encuentra el tipo de trabajo sociológico que David Riesman describió como una “conversación entre las clases”. A lo largo de las últimas semanas de ese cuaderno, los apuntes sobre las teorías de Georg Simmel o un esbozo de la historia de los chicos de Scottsboro se alternan con un amplio léxico que empieza a reunir: “Retrocede: para enfriar. ¡Retrocede!, le dijo a un chico que trataba de ligar. ‘Estoy retrocediendo de *hustlin*’”. Hay entradas para “cake/cakin” y “to smash”, seguidas de páginas con definiciones de los conceptos de Weber “erklären” y “verstehen”.

Los críticos se han apresurado a señalar, implícitamente o no, que el cambio de código similar en “On the Run” se parece mucho a lo que Erving advirtió: olvidar quién eres. Como me dijo un detractor, a mucha gente le pareció que “Alice creía que se estaba volviendo negra”, y la revista Philadelphia la ha comparado con Rachel Dolezal, la presidenta del N.A.A.C.P. de Spokane (Washington), que se reveló como negra. En ocasiones, esta incomodidad ha sido crudamente sexualizada; cuando Goffman era estudiante, los profesores de su departamento preguntaban a sus asesores si se acostaba con sus informantes, y esa insinuación aparece con regularidad en los mensajes anónimos sobre ella en los foros de sociología. La conversación entre las aulas se había vuelto tan obviamente íntima que mucha gente sólo podía entenderla en términos de lujuria y fetiche.

Es cierto que la etnografía se ha vuelto a poner un poco de moda desde los años 70 y que ningún sociólogo contemporáneo estaría de acuerdo con el llamamiento, tuiteado por un escritor de BuzzFeed y del que se han hecho eco en otros lugares, de “prohibir las etnografías de outsiders”. Como me dijo un sociólogo: “Si a Alice Goffman no se le

permite escribir sobre los negros pobres, entonces a los sociólogos que provienen de comunidades pobres de color, como Víctor Ríos, no se les permite escribir sobre instituciones de élite como los bancos o los fondos de cobertura, y eso, al final, perjudica a Víctor Ríos mucho más que a Alice Goffman”.

Pero incluso dentro de los departamentos de sociología, no hay mucho acuerdo sobre cómo llevar a cabo el proceso de salvar la distancia social de forma respetuosa y rigurosa: un investigador siempre corre el peligro de ser acusado de haberse quedado demasiado lejos o de haberse acercado demasiado. Los etnógrafos siempre se han enfrentado a preguntas sobre dónde están sus lealtades, y más de un etnógrafo ha sido acusado de estar demasiado cerca de sus sujetos para evaluar sus autoinformes. Pregunté a Elijah Anderson, asesor de Goffman durante su licenciatura, un augusto etnógrafo—sobre todo de comunidades negras urbanas—que ahora trabaja en Yale, sobre las críticas a Goffman como aventurera o turista, o como observadora crédula de ojos abiertos. Dijo que había realizado su trabajo como cualquier etnógrafo. Me entregó elípticamente un ejemplar de “Stigma”—uno de los libros más famosos de Erving Goffman, de 1963—y me invitó a buscar la parte del “estigma de cortesía”. Erving anticipa exactamente el tipo de crítica que se ha hecho cinco décadas después a la obra de su hija: “De hecho, la persona con un estigma de cortesía puede incomodar tanto al estigmatizado como al normal: Al estar siempre dispuestos a llevar una carga que no es ‘realmente’ suya, pueden enfrentarse a todos los demás con demasiada moralidad; al tratar el estigma como un asunto neutro al que hay que mirar de forma directa y sin rodeos, se abren a sí mismos y a los estigmatizados a la incompreensión de los normales, que pueden leer la ofensa en este comportamiento”.

La mayoría de los problemas con los que se ha encontrado “On the Run”, sobre todo fuera de su ámbito, tienen que ver con el hecho de que se encuentra entre los taburetes del periodismo y la etnografía. Si el libro era demasiado periodístico—demasiado descriptivo, demasiado irresponsable, demasiado sensacionalista, demasiado centrado en su propia implicación en primera persona—para considerarse una sociología rigurosa, era demasiado sociológico para considerarse, para muchos periodistas, un reportaje adecuado. La mayoría de los periodistas creen que las historias verdaderas son necesariamente personales, sobre la forma en que determinadas personas deciden actuar en el mundo; el lenguaje del periodismo, como el lenguaje del derecho, es casi siempre el lenguaje de la responsabilidad moral individual. Para un sociólogo, cuya profesión desde el cambio de siglo ha tomado como axioma que la sociedad es primordial para el individuo, el lenguaje de la responsabilidad moral individual es a menudo una forma de evitar hablar de las condiciones estructurales que favorecen a los poderosos.

Muchas de las cosas por las que los periodistas y los juristas han reprochado a Goffman se consideran una práctica habitual para los sociólogos, y la mayoría de los sociólogos han considerado que las principales críticas al libro carecen de fundamento. Desde el punto de vista del procedimiento, los periodistas se oponen a que las fuentes se conviertan en seudónimos y a que se destruyan sus notas de campo; los sociólogos señalan que las juntas de revisión institucional obligan a ocultar las identidades y que a menudo exigen la destrucción de las notas de campo que podrían ser objeto de una citación en una investigación penal. En lo que respecta a la mayoría de las incoherencias internas del libro, prácticamente todos los etnógrafos con los que hablé describieron el enormemente difícil problema logístico de cómo seguir

el rastro de las notas con seudónimos a lo largo de los años y admitieron que si se sometiera casi cualquier trabajo de campo a ese tipo de auditoría punitiva, es casi seguro que se encontrarían confusiones triviales similares. Esto es cierto incluso para las personas más organizadas, entre las que no se encuentra Goffman. No puede recordar de memoria en qué año terminó la escuela secundaria, en qué año terminó la universidad o en qué año pasó tres meses en el hospital después de casi morir atropellada por un autobús cuando iba en bicicleta.

Goffman no ha querido hacer pública la larga refutación, punto por punto, de su anónimo atacante, pero después de conocernos bien, la compartió conmigo. Es contundente y, en comparación con la placidez de su comportamiento público, casi impaciente y agraviado en el tono, y es difícil dejar el documento sin preguntarse por qué ella ha permanecido reacia a hacer públicas algunas de sus explicaciones. Reconoce una serie de errores e incoherencias, en su mayor parte resultado de un proceso de anonimización poco riguroso, pero por lo demás explica de forma persuasiva muchos de los problemas persistentes. Hay, por ejemplo, una defensa convincente de su presencia en el tribunal de menores supuestamente cerrado y una aclaración bastante razonable de la leve confusión sobre lo que presencié de primera mano y lo que reconstruyó a partir de las entrevistas, junto con explicaciones incluso de las afirmaciones más peculiares y desquiciadas de su agresor anónimo, incluyendo por qué Mike lava la ropa en casa en una escena y en una lavandería en otra.

Muchas de las alegaciones contra ella son también fáciles de rebatir de forma independiente. Algunos críticos calificaron de inverosímil, por ejemplo, su afirmación de que un agente del F.B.I. en Filadelfia elaboró un nuevo sistema de vigilancia informática tras ver un

programa de televisión sobre la Stasi de Alemania Oriental. Si se busca en Internet "Philadelphia cop Stasi documentary", el segundo resultado es un artículo de *The Philadelphia Inquirer* de 2007. En cuanto a la afirmación de Goffman de que los agentes realizan identificaciones en las salas de maternidad para detener a los padres buscados, otra breve búsqueda en Internet produce ejemplos corroborados en Dallas, Nueva Orleans y Brockton (Massachusetts), y un defensor público de Filadelfia y un teniente de alcalde me dijeron que la práctica no parece en absoluto fuera de lo plausible. La pregunta más interesante quizá no sea si Goffman decía la verdad, sino por qué siguió dejando que la gente creyera que podría no ser así.

Los elementos de su historia más difíciles de confirmar son los que parecen exageraciones cinematográficas, especialmente en lo que respecta a las prácticas policiales; varios agentes tacharon de extravagante su afirmación de que fue interrogada personalmente con armas sobre la mesa. Para Goffman, sin embargo, el hecho de que un periodista o un jurista acudan a la policía para confirmar las acusaciones contra ellos es representativo del fracaso más amplio de la sociedad estadounidense a la hora de tomarse en serio las quejas de las comunidades minoritarias sin poder. Es la definición de racismo institucional. Cuando le recordé que mi trabajo consistía en tratar de encontrar una confirmación independiente de algunas de sus afirmaciones, comprendió mis propias necesidades disciplinarias y se mostró dispuesta, aunque un poco reticente, a ayudarme. Pero en un momento dado, cuando la presioné sobre una de estas cuestiones, me respondió que parecía estar diciendo: "La forma de validar las afirmaciones del libro es conseguir que los funcionarios que son hombres blancos en el poder las corroboren". Y continuó: "El objetivo del libro es que las personas descartadas y deslegitimadas describan

sus propias vidas y hablen por sí mismas de la realidad a la que se enfrentan, y ésta es una realidad que va absolutamente en contra de las narrativas de los funcionarios o de la gente de clase media. Así que encontrar personas 'legítimas' para validar las afirmaciones me parece un error en todos los niveles".

En esto su disciplina la respalda, por encima de la práctica periodística o jurídica. Como dijo Randall Collins, cuyo curso estaba tomando cuando ella escribía en los cuadernos negros: "Se metió lo suficiente para no sólo entender las cosas desde su punto de vista, sino para no dar prioridad a las leyes, a la moral oficial, a todas las cosas que la gente convencional da por sentadas. No sólo no voy a entrar en el juego de la conmoción, sino que no tengo mucho respeto por la gente que no puede ver que su conmoción forma parte de la manera en que su mundo social se construye a su alrededor".

Lo que ha unido a sus críticos, académicos y de otro tipo, es la acusación de que, al ir "lo suficientemente profundo" como para ignorar las leyes, se perdió de hecho en el proceso y confundió su propia posición etnográfica con la pertenencia real a la comunidad que estudió. Esto sale a relucir en la escena final del libro, el viaje nocturno para encontrar al asesino de Chuck. La posición jurídica y periodística estipularía que, o bien la última escena ocurrió como se escribió inicialmente, como una persecución, o bien ocurrió como ella la describió posteriormente: como un ritual de duelo y una ceremonia para salvar las apariencias.

Pero lo que sus críticos no pueden imaginar es que tal vez las dos versiones que ha dado sean ciertas al mismo tiempo: que esto representa exactamente el cierre de la brecha social que tantos observadores consideran insalvable. Desde el punto de vista inmediato de un participante, se trataba de una cacería humana; desde el punto

de vista imparcial de un observador, se trataba de un ritual. El relato que aparece en el libro es el de la participante Goffman, que se había enredado tanto en esta comunidad que sentía la necesidad de venganza “en mis huesos”. El relato de Goffman en respuesta a la acusación de delito (que se lee como si fuera dictado por un abogado, lo que bien podría haber sido) fue escrito por Goffman la observadora, la extraña a la comunidad que puede ver que la razón que estos actores dan para su comportamiento—la venganza—es dada por los impotentes como un intento de salvar las apariencias; que aunque esta charla era importante, era una charla de todos modos.

El problema de la omisión es uno que se hace quizás inevitable por la metáfora de la “inmersión”. La antropóloga Caitlin Zaloom, que estudia las relaciones económicas, me explicó que es una metáfora a la que su propio campo ha renunciado hace tiempo. La metáfora nos pide que imaginemos a una investigadora bajo el agua—es decir, en peligro, inalcanzable desde arriba—que luego vuelve al sol y al aire, recién capacitada para contar sobre la oscuridad de abajo porque la experiencia le ha puesto los pelos de punta. Esta narrativa de la transformación es lo que hace que críticos como Ríos sean tan condescendientes y autocomplacientes. Pero la propia Goffman nunca entendió su trabajo como “inmersivo” en ese sentido. El reto casi imposible que Goffman se plantea así es la representación de ambos puntos de vista—de la pulsión como caza del hombre y de la pulsión como ritual—en toda su simultaneidad.

Goffman podría haberse cubierto añadiendo otro párrafo de análisis, que habría contextualizado pero también socavado la escena tal y como la vivieron los participantes. Casi todos sus primeros lectores pensaban que debía hacerlo. Habría hecho su vida más fácil. Pero no lo hizo. Este era un libro sobre hombres cuyas vidas enteras—toda su red

de relaciones—habían sido criminalizadas, y ella no dudó en criminalizar la suya. Ella construyó su suerte. Durante los últimos cinco años, Goffman no había tenido la oportunidad de pasar mucho tiempo en Filadelfia: después de terminar su doctorado en 2010, pasó dos años en una beca postdoctoral en Michigan (tiró los dos años de notas de campo que tomó allí, temiendo una versión aún peor de las críticas que recibió por “On the Run”) y luego se trasladó a Madison para su nuevo trabajo. Pero ahora que estaba en Princeton por el año, les había dicho a sus amigos de la Sexta que volvería a la cuadra.

Hacía al menos un año que no visitaba a la Srta. Linda, y cuando fuimos a verla en octubre, engulló a Goffman hasta que su diminuta persona casi desapareció en el abrazo. Reggie, un hombre de considerable volumen, permaneció allí en la vereda, con su teléfono sonando sin respuesta, durante dos minutos hasta que Goffman fue bajada y le llegó el turno. Goffman los había visitado en parte para ponerse al día con la familia y en parte para repartir los cheques de derechos de autor que comparte a partes iguales con los personajes centrales del libro (el año pasado hizo las cuentas sin reservar dinero para cubrir los impuestos, por lo que tuvo que pagarlos de su bolsillo). Escogió ese viernes porque era el cumpleaños de Reggie y porque Mike la había llamado para decirle que tal vez saldría de la cárcel ese día, aunque llevaba unas semanas pensándolo.

El barrio de la “Calle Sexta”, con un total de cuatro o cinco manzanas cuadradas, está delimitado por algunos accidentes geográficos que lo hacen sentir como algo autónomo; no es una zona por la que uno pueda pasar de camino a otro lugar, por lo que, según explicó Goffman, no era un lugar para extraños. No estaba segura de cómo recibirían a otro extraño, pero desde nuestra llegada estaba claro que Goffman era de la familia, así que cualquiera que trajera era

también de la familia. Reggie llevaba una camiseta negra sobre el contorno de una camiseta de tirantes negra y unos pantalones de chándal grises ajustados; tenía una corta cresta y una barba ancha y puntiaguda, que daba a su gran cabeza la forma de un gran diamante oscuro. Se quitó los auriculares de las orejas y se colocó las gafas de sol—grandes, redondas y elegantemente afeminadas de principios de los años ochenta, como las gafas de sol que lleva Mia Farrow en “Broadway Danny Rose”—encima de su cresta, luego sonrió ampliamente y extendió la mano para presentarse.

“¿Tú también escribes libros? ¿Como Alice?”

“Lo hago, sí”.

“Yo también escribo libros”. Explicó que había escrito mucho en la cárcel, pero que estar de vuelta en casa le distraía demasiado para hacer algo. Alice buscó en su cartera y le entregó un cheque. “¿Esto es por nuestro libro?”. Ella asintió. Me preguntó si había leído su libro. Le dije que sí y que me había gustado mucho. Estaba contento. Dijo “nuestro libro” unas cuantas veces más. Goffman estaba claramente contenta de que estuviera tan orgulloso de él.

Al cabo de un rato, Goffman, que come una cantidad asombrosa de comida chatarra, tenía hambre y quería ir a un local jamaicano cercano. Preguntó a Reggie y a la señorita Linda si querían venir, pero la señorita Linda era feliz sentada al sol, y nos dijo que mientras el teléfono de Reggie no dejara de sonar, no iba a ir a ninguna parte. Fuimos por comida y la trajimos de vuelta, y Reggie se acercó al auto para asegurarse de que lo acompañaríamos a su fiesta de cumpleaños esa noche. Goffman salió, le dio un abrazo y le dijo que estaría en contacto. Al volver a entrar en el automóvil, gritó: “Te quiero”.

Había pasado mucho tiempo con ella, y nunca la había visto tan animada como parecía en el auto ese día, atravesando Filadelfia para

ver a todos sus allegados. Fuimos a reunirnos con algunos de sus otros amigos del libro, un grupo en lo que ella describió como un barrio más pobre cercano, luego una visita rápida a un amigo suyo en el hospital y, finalmente, a un barrio de clase media y de etnia mixta en otra parte de la ciudad. Antes de llegar a cada parada, Goffman me hizo un resumen demográfico e histórico de la calle y de la comunidad que albergaba, con el tipo de conocimiento detallado de las diferencias de clase en la comunidad del que se le acusa de carecer en el libro. Parecía enteramente ella misma: una observadora a la que nada se le escapa, una socióloga irremediable y la hermanita pródiga de la Calle Sexta por fin en casa.

Muchas de las personas que conocimos sabían que Goffman no había tenido el año más fácil, y la recibieron como a un soldado de infantería en licencia de una campaña traumática, aunque cada uno parecía tener una idea ligeramente diferente de lo que Goffman realmente hacía. La mayoría sabía que escribía libros y algunos pensaban que era profesora. Les dijo a algunos de sus amigos que estaba pensando en dejar su trabajo, y les preguntó qué pensaban que podría hacer si volvía a la ciudad. Dijeron que sería una gran maestra de escuela, pero que, por desgracia, era demasiado pequeña para ser auxiliar de salud a domicilio. Al final de la noche, Goffman empezaba a agobiarse y le dijo a la madre de Mike, con quien está especialmente unida, que no sabía qué hacer.

La madre de Mike alisó el nudoso cabello de Goffman y luego le dio un severo sermón sobre la persistencia. "Sólo tienes que ponerte los pantalones", dijo, "y seguir adelante".